

Epístola a César Vallejo

Melissa Giorgio Alcalde

Querido poeta:

Lo único que te falló fue el tiempo. Ni siquiera tu vilipendiada nostalgia, perennizada en las pocas huellas que nos hicieron saber de ti. Habrías podido parir a los hijos que negaste, porque aún faltaba más dolor, aquel con el que llega la vida misma, el amor más sincero, la creación más perfecta. Con ese tiempo esquivo habrías logrado terminar lo inconcluso, encandilarte desmenuzando e inventando vocablos.

¿Qué fue de ti en esa banca helada? ¡Qué dura fue contigo la muerte! ¡Qué deprisa te extendió la mano! A los cuarenta y seis arañabas la madurez. El tiempo te fue esquivo, cuando la vida al menos te debía media vida. Hijo, poeta, maestro, cronista, amante, católico, novelista, amante, marxista, esposo, periodista, dramaturgo y guionista. Para hacerse bueno, se necesita tiempo. Yo me atrevo a aplaudirte por lo mucho y lo poco que hoy te leo.

Me ha cautivado tu corta vida. La asfixia intelectual que te alejó de aquí y ese nuevo aire que buscabas fuera. Naciste en provincia, lo que hasta hoy es duro en el país. Hombre cultivado en las artes, interesante, inteligente, revolucionario de las formas, declarado admirador del cubismo y del cine de Eisenstein, diez textos teatrales y un guion cinematográfico. Te fuiste dejando tu casa familiar y lejos encontraste el mismo reflejo de lo austero, las mismas miserias, pero con otro porvenir. También el dolor de los hombres que, como tú, dejaron sus tierras.

Sin embargo, hallaste la luz de los maestros. ¡Qué cautivadoras deben haber sido esas

tardes de café con García Lorca o Neruda o Picasso! Ahora estoy tratando de hilar tu experiencia en exilio. Me he volcado a leer la segunda de tus cuatro obras de teatro: *Entre las dos orillas corre el río*, rechazada muchas veces por sediciosa y revolucionaria. Y descubro una obra de una doble fuerza en contienda: vida y muerte, guerra y paz, masculino y femenino.

Dentro del seno burgués de la familia Polianov se vive un ambiente de desunión y desdicha. Varona y Zuray son dos fuerzas que se oponen frente a la inminente revolución rusa. La menor hija de rusos aristócratas ha desafiado su condición social para volverse camarada y formar parte de la liga de jóvenes de la revolución, a sabiendas de que su madre aborrece el movimiento revolucionario que años atrás le quitó fortuna, dicha y bienestar. Osip, el expatriarca de la familia, no supo defenderla y sucumbe ante el alcoholismo y el desfreno de los pocos placeres que le otorga la vida. Madre e hija, burguesía y proletariado, se imponen y disputan la razón y la verdad, el amor y el odio, dentro de un contexto familiar de abandono paterno. Mientras la madre da cuenta del infortunio al que estaría expuesta su hija de enrolarse en las filas del sóviet, esta añora aferrarse al cambio de un futuro revolucionario.

Propones plantear la inminente reacción frente a la transformación de un nuevo mundo. El título sugiere la bella imagen del agua que se lo lleva todo, que es incontenible como un río que arrasa y purifica. Aunque la velocidad de ese río seduce, no deja de poner en riesgo la sociedad. Y el argumento aparece por momentos confuso y turbulento. El diálogo fluye, pero cae en la sinrazón y no advierte

un objetivo claro. Desde el prólogo hasta el acto dos, resulta una extensa introducción al drama real, que dilata la acción principal: mantenerse a salvo.

Es evidente que *Entre las dos orillas corre el río* está inconclusa por falta de tiempo. Tus personajes están bien delineados, pero la obra carece de unidad dramática. Funcionas muy bien desarrollando escenas, pero faltó mano dura en su concatenación. En el prólogo —una obra en sí misma— la acción se centra en la confesión de un moribundo ante un sacerdote poco ortodoxo, que por su investidura oculta su simpatía hacia el sóviet. Se exacerba, pierde los papeles y el control de la situación ante la confesión de Atonov. Es un sacerdote al que le cuesta conceder el perdón. Aquí se plantea el conflicto de inmediato. Si bien Atonov muere sin recibir en vida el perdón de sus pecados, ambos personajes han luchado por conseguir lo que quieren y así la situación planteada llega a su fin. Esta pieza muy bien podría ser trabajada como ejercicio en cualquier taller de actuación.

El poeta peruano Ricardo Silva Santisteban ha afirmado que lo más notable en ti es que, si bien no tenías dotes de dramaturgo, fue impresionante tu impulso y pasión por escribir. Entiendo ahora tu vena literaria que emerge en un nuevo lenguaje: el dramático. Esa motivación tuya por encontrar en la obra de teatro la posibilidad de hacer aún más vivas tus palabras y más cercanos tu malestar y tu esperanza. Las palabras son poder y la palabra viva, bien compuesta y bien dicha

tiene la posibilidad de calar en lo más hondo del ser humano.

He encontrado en ti a un autor inteligente, con un humor especialmente astuto y apasionante, que me ha cautivado desde un inicio y que ha logrado convencerme de leerte más. Un autor que logra un final duro pero atractivo, como un petardo ensordecedor que golpea y deja el sinsabor de la tragedia. Leerla sin conocer someramente el contexto histórico de la revolución me resultó retador y fascinante a la vez. *Entre las dos orillas...* es un texto que puede ser fácilmente ignorado si acaso se lee rápidamente y por primera vez. Por eso, querido amigo, cuando se le da vida a un texto dramático es urgente y necesario que sucedan cosas constantemente, y como consecuencia, lograda la puesta en escena, poder ver que el actor busca y encuentra o no eso que quiere en el escenario.

Fuiste, aunque me apene decirlo, un escritor revolucionario embarrado por la ignorancia y el olvido. Al que muchos volvieron su maravilloso verbo en la imagen reducida, virulenta y apoltronada de un hombre cansino, escuálido y triste. ¿Triste?! No hay persona más llena de vida que tú. Solo te faltó tiempo, fuerzas y más compañía. Pero entiendo, querido amigo, que nadie superó tanto la muerte, la falta, los no por respuesta y la alforja vacía, como lo has hecho tú. A lo mejor, si acercara mi propia vida a la tuya disfrutaría más de tus versos, no lo sé. "¡Hay que sufrir! ¡Hay que vivir! ¡Hay que beber!". Tu pasión se quedará conmigo, tiempo es lo que sobra querido amigo, eso espero.